

¡Sonó por fin la hora  
de nuestra redención!  
¡Lancémonos al campo!  
¡Salgamos al momento!  
Y sean nuestros gritos:  
*¡¡En huelga!! ¡¡Insurrección!!*

—

¡Guerra á las Navidades!  
¡Basta de tiranía!  
¡Tiempo es de que gocemos  
de nuestra libertad!  
¡Pues, qué! ¿Quizás el pavo  
no tiene autonomía?  
¡Animo, pues! Y hagamos  
una barbaridad.

—

¿Por qué ciertos señores,  
más pavos que nosotros,  
ocupan ciertos puestos  
felices, cual se ve?  
Si todos somos pavos,  
lo mismo unos que otros,  
¿por qué ese privilegio?  
¡Vamos á ver! ¿Por qué?

Nosotros hasta ahora  
vivimos engañados;  
con nueces y castañas  
nos hacen engordar;  
pero después que observan  
que estamos bien cebados,  
nos cogen, y en seguida  
nos mandan degollar.

—

Somos de nuestra raza  
las masas inconscientes;  
somos el pobre pueblo  
que siempre sufre el mal.  
¿No veis cómo se libra  
de manos de esas gentes  
el pavo de alta alcurnia  
llamado el *pavo real*?

—

Del hado los rigores  
con calma hemos sufrido.  
¡La lucha es necesaria!  
¡Unámonos con fe!  
Mirad que es el tormento  
mayor que he conocido

tener por tumba el vientre  
de algunos que yo sé.

—  
También, ¡oh, pavas mías!  
vuestro dolor acaba;  
también habéis sufrido  
vosotras sin chistar.  
Si algún amante hoy día  
quiere *pelar la pava*,  
luchad á picotazos,  
¡y no os dejéis pelar!

—  
Están nuestros derechos  
con injusticia hollados;  
la *trufa* es la enemiga  
que habrá que combatir.  
Pues si no hubiera trufas  
no habría esos *trufados*  
que obligan á que el hombre  
nos quiera perseguir.

—  
¡Formemos, pues, la rueda!  
¡Limpiemos nuestros picos!  
¡En guerra, y concluyamos.

con tanta iniquidad!  
¡Seamos implacables!  
¡Matemos á los ricos!  
¡Abajo lo existente!  
¡¡Viva la libertad!!»

—  
El pavo que así gritaba  
y á los suyos exhortaba,  
pagó caro su delito.  
¡A las dos horas estaba  
degollado el pobrecito!

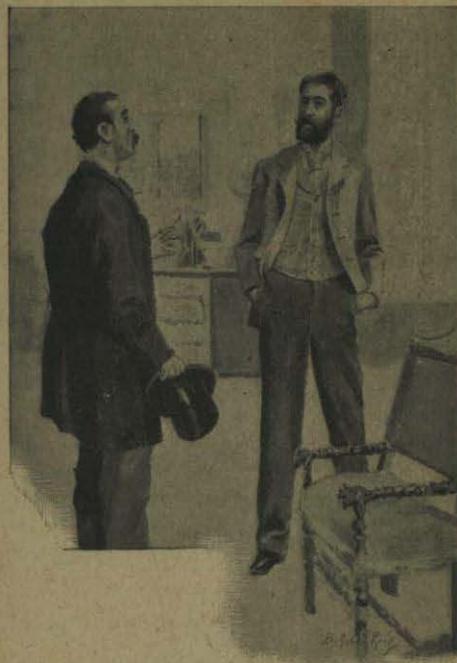
Y en él—¡por sesenta reales!—  
se cebaron sin piedad,  
dos señores muy formales,  
miembros de la *Sociedad*  
*Protectora de Animales*.





## Una opinión

Examinando á un chicuelo,  
con muchísima dulzura,  
le preguntó el señor cura:  
—«¿Cómo está Dios en el cielo?»  
Y respondió el inocente  
al punto y sin vacilar:  
—¡Toma! ¿Pues cómo ha de estar?  
estará... ¡tan ricamente!



## Sistemas de hacer comedias

INTERVIEW

Soñando que era un personaje ilustre,  
y un autor eminente,

tuve con un *reporter* de Sinesio  
el diálogo siguiente:

—Saludo al *señor* Vital.

—Agradezco la atención,  
pero ya empieza usted mal.

—¿Por qué?

—Por no darme el *Don*.

—Bien, para el caso es igual.

Don Sinesio me ha encargado  
de darle á usted un recado.

—¿Quién? ¿Don Sinesio? ¿Qué escucho!  
¿Cómo está el señor Delgado?

—Bien, gracias.

—Me alegro mucho.

¿Y qué quiere el director  
de *Madrid cómico*?

—Pues  
que nos haga usted el favor  
de contestar como autor  
á un asunto de interés.

—¿Conque de interés?

—Sí, tal.

Lo que usted diga lo copio  
con gusto, *señor* Vital.

—¡Dale, bola! ¡Eso está mal!

¡Si Vital es nombre propio!

—¡Justo! Tiene usted razón.

No me haga usted esas muecas,  
que otra vez le daré el *Don*.

—Diga usted Vital á secas,  
y se acabó la cuestión.

—Pues bien, queremos que usted  
nos conteste cómo y cuándo  
hace sus obras.

—Sí, ¿eh?

Puede usted ir preguntando  
que yo le contestaré.

—Mi intención es buena y sana.  
No me responda usted á medias,  
que la pregunta no es vana.  
¿Cómo hace usted las comedias?

—Pues como me da la gana.

—No es eso. Quiero saber  
su modo de proceder:  
con eso me satisfago.

—Pues mis comedias las hago  
como Dios me da á entender.

—Se trata de publicar  
lo que nos quiera decir.

—¿Y á quién le puede importar  
ni mi modo de escribir  
ni mi modo de pensar?

—¡A nadie! ¡Si la cuestión es llenar una sección del periódico.

—¡Corriente!

Ante esa sola razón me someto humildemente.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

—¿Piensa usted hacer algunas comedias?

—¡Claro que haré!

—¿Y cuándo las piensa usted?

—Pues casi siempre en ayunas.

—¿En ayunas?

—Sí, señor.

Yo soy muy madrugador, y tempranito, en la cama, ando á vueltas con la dama y con el primer actor.

Pienso una obra... ¡La veo! Doy cien vueltas al asunto, hasta que al fin lo planeo. Y me levanto, y lo apunto, y me marcho de paseo.

Pero suele suceder que el plan, que de madrugada promete un éxito ser,

me parece una bobada cuando acabo de comer.

—¿Trabaja usted diariamente?

—No, señor. ¡Líbreme Dios! Soy un hombre independiente, y me paso un mes y dos holgando tan ricamente.

En cambio, cuando es preciso, y con un urgente aviso un empresario me asedia pidiéndome una comedia, y yo acepto el compromiso, entonces sin vacilar me dedico á trabajar, y ni descanso, ni duermo... Y ¡claro! ¿qué ha de pasar? ¡Que me pongo muy enfermo!

La prolongada encerrona me aplana, me desentona; al neumogástrico irrito ¡y el estómago maldito se resiente y no funciona!

Por estas y otras razones detesto esos achuchones, pues con labor tan molesta, cada comedia me cuesta dos meses de indigestiones.

Sin embargo, lucharé  
con entusiasmo y con fe,  
porque, al fin, la vida es corta.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—¡Hombre! ¿Y á usted qué le importa?

—No, nada. Lo he preguntado  
por preguntar, pues á mí  
me tiene eso sin cuidado.

—Pues ya tengo cuatro, y  
la pelota en el tejado.

—Creo que será mejor  
que terminemos.

—Ya es hora.

—Soy su amigo...

—Servidor...

—A los pies de la señora...

—Memorias al director.



## Noticia

—En sitio muy concurrido  
le fué á un señor sustraído  
el reló por un pillastre.

—¿Y el ladrón ha sido habido?

—No, señor, ha sido sastre.

=□=



## Los específicos

El boticario don Lino,  
que parece tan formal  
y tan honrado y tan fino,  
es el hombre más ladino  
de toda la capital.

Sabiendo que mucha gente  
en la botica de enfrente  
compraba una medicina  
que era un remedio excelente  
usado en la *tos ferina*,

sin maldita la aprensión  
se dijo un día:—¡Canario!  
Ese hombre hace un fortunón.  
¿No soy también boticario?  
Pues ¡á explotar el filón!

Y con intención artera,  
y no como hombre científico,  
sino de mala manera,  
hizo un jarabe cualquiera  
con honores de *espectífico*.

—«*Antiferino probado*».  
Eso así, bien presentado  
con su frasco y con su estuche.  
Si dura la *coqueluche*  
es negocio asegurado.

¡Ajajá! ¡Perfectamente!  
Oye (dijo al dependiente).  
Mañana mismo á la venta.  
Verás cómo se revienta  
el boticario de enfrente.

—¡Ay, señor! Usted no sabe...  
—¿Qué?

—Que la cosa es muy grave.

La *tos ferina* declina,  
y no habiendo *tos ferina*  
se va á perder el jarabe.

—Hombre, por poco te inquietas.  
Este jarabe dará,  
de fijo, muchas pesetas.  
Toda la cuestión está  
en cambiar las etiquetas.

Teniendo ese estante lleno,  
fuera una pérdida ociosa.  
¿Qué no hay *tos ferina*? ¡Bueno!  
Pues como eso no es veneno,  
servirá para otra cosa.

—¡Cómo!

—¡Ya lo pensaré!

—¡Señor!...

—Sois unos babiecas.

¿A qué lo dedicaré?

¡Cállate! ¡Ya lo encontré!

¡Especial... en las *jaquecas*!

Esas, por fortuna, aquí  
abundan siempre.

—Eso sí.

—Pues ya se arregló el asunto.  
Mandaré imprimir al punto  
las etiquetas así:

*Antiferino*  
*5 = VIII = 24*

«EL JARABE MILAGROSO  
del doctor don Lino Urosas.  
Específico precioso  
en las jaquecas biliosas  
ó de carácter nervioso.»

—  
¿Crearás, querido lector,  
que tuvo don Lino un fiasco?  
¡Pues vende que es un horror!  
¡Y se gana el buen señor  
medio duro en cada frasco!  
«¡Ese es un bribón!» dirás.  
¡Es claro! Va á su interés.  
Pero tú ignoras quizás  
que en este asunto hay quien es  
más bribón que él, ¡mucho más!  
¿Quién? ¡El doctor que ha firmado,  
con cinismo escandaloso,  
que en las *jaquecas* le ha dado  
excelente resultado  
el *jarabe milagroso*!...

## El médico cazador

### CUENTO

Un doctor muy afamado,  
que jamás cazado había,  
salió una vez, invitado,  
á una alegre cacería.

Con cara muy lastimera,  
confesó el hombre ser lego,  
diciendo:—«Es la vez primera

que cojo un arma de fuego.

Como mi impericia noto,  
me vais á tener en vilo.»

Y dijo el dueño del coto:

—«Doctor, esté usted tranquilo,

Guillermo el guarda estará  
colocado junto á usted;  
él es práctico, y sabrá  
indicarle...»

—«Así lo haré,

—dijo el guarda.—Sí, señor.

No meterá usted la pata.  
Verá usted, señor doctor,  
los conejos que usted mata.

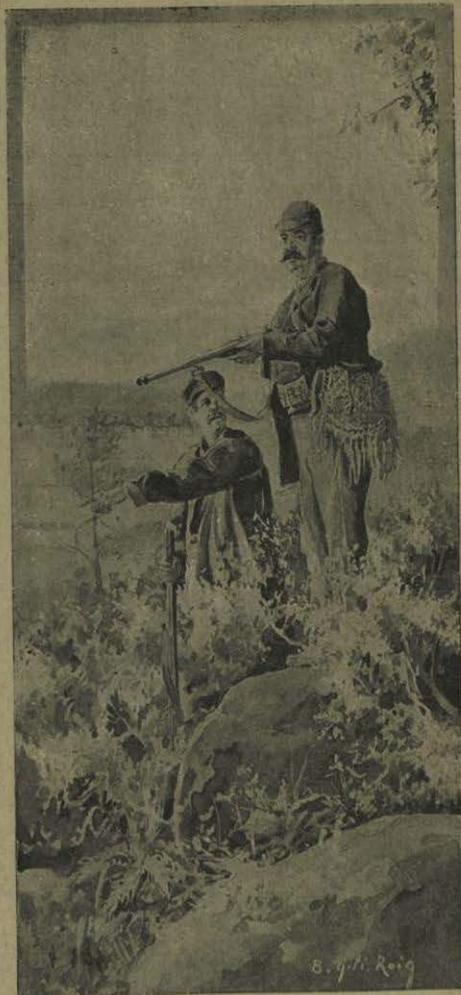
Siga en todo mi consejo,  
¿Que un conejo se presenta?  
Pues yo digo: «¡Ahí va el conejo!»  
¡Y usted tira y lo revienta!»

—«¡Bueno, bueno, siendo así...»

—«Nada, que no tema usted.  
Quietecito junto á mí,  
chitón y yo avisaré.»

Colocóse tembloroso  
el buen doctor á la espera,  
cuando un conejo precioso  
salió de su gazapera.

—«Ahí va un conejo,—le grita



el guarda.—¡No vacilar!  
Y el doctor se precipita,  
y ¡pum! disparó al azar.

Y es claro, como falló  
diez metros la puntería,  
el conejo se escapó  
con más vida que tenía.

El guarda puso mal gesto  
y rascóse la cabeza.

Hubo una pausa, y en esto  
saltó de pronto otra pieza.

—«¡Ahí va una liebre, doctor!  
¡Tire usted pronto, ó se esconde!»  
Y ¡pum! el pobre señor  
disparó... ¡Dios sabe á dónde!

Gastó en salvas, sin piedad,  
lo menos diez tiros, ¡diez!  
sin que por casualidad  
acertara ni una vez.

Guillermo que no era un zote,  
sino un guarda muy astuto,  
dijo para su capote:

—«Este doctor es muy bruto.

¡No le pongo como un trapo,  
mas ya sé lo que he de hacer!»  
Y al ver pasar un gazapo  
corriendo á todo correr:

—«¡Doctor!—exclamó Guillermo  
con rabia mal reprimida.—  
¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!»  
Y ¡pum! ¡Lo mató en seguida!



### Duda histórica

—Dígame usted, don Vicente,  
usted que es tan competente...

—Pregunte usted, don Facundo.

—¿Cómo es *nuevo* un continente  
que es ya tan viejo en el mundo?

—Era nuevo; no lo es ya.  
Como creado por Dios

existía, claro está,  
antes del año mil cua-  
trocientos noventa y dos.

Pueblo inculto lo habitaba;  
pero aquella pobre gente  
ni sé cómo respiraba,  
pues el Nuevo mundo estaba  
*cubierto* completamente.

—¿Cubierto?

—¡No hay discusión!

—¡Hombre, venga una razón!

—Lo dice la Historia y basta.

Estuvo cubierto, hasta  
que lo *descubrió* Colón.



## Carta íntima

A mi muy querido amigo el Doctor Moreno Zancudo

Queriendo con ansia hallar  
un remedio á mi dolencia,  
y confiando en la ciencia  
que *á veces* suele curar,

pensaba yo para mí:  
 «¿A qué *especialista* iré?»  
 De ti al punto me acordé,  
 y dije al pensar en ti:  
 «¿Moreno Zancudo? ¡Bueno!  
 ¡Este es mi doctor! ¡No dudo!  
 Si él es Moreno y Zancudo,  
 yo soy *zancudo* y *moreno*.»

Corrí á verte presuroso,  
 y en ti encontré juntamente,  
 un doctor inteligente  
 y un amigo cariñoso.

Y con franqueza te digo,  
 que aun no sé cuál es mejor,  
 si la ciencia del doctor  
 ó el afecto del amigo.

En *dolencias* y en *estrenos*  
 todos mi fortuna ven,  
 pues siempre me tratan bien,  
 pero muy bien, los *morenos*.

Y como no es bien nacido  
 quien los favores olvida,  
 y yo no peco en mi vida  
 de hombre desagradecido,

adjunto envió, gustoso,  
 ese modesto presente,  
 no al doctor inteligente,

sino al amigo afectuoso.

Con el amigo me atrevo;  
 pues al médico ya sé  
 que nunca le pagaré  
 los favores que le debo.

Mi chico, que está á mi lado,  
 quiere escribirte, y me explico  
 el deseo de mi chico,  
 pues dice que le has curado.

No me opongo, y con tu venia  
 vamos á firmar los dos.  
 ¡Salud y librete Dios  
 de enfermos de *neurastenia*!

Haz presente, por favor,  
 mi afecto y el de Luisito,  
 á Figueredo el chiquito  
 y al *ilustre* amasador.

Fiel seguiré tus consejos,  
 y con cariño te abraza  
 tu admirador

VITAL AZA.

(El hombre de los *reflejos*).



## La esgrima moderna

Carta abierta que dirijo  
al señor marqués de Heredia,  
tan insigne floretista  
como inspirado poeta.

Respetable amigo mío:  
Tengo encima de mi mesa  
sus VERDADES sobre esgrima  
que elogió toda la Prensa.  
No voy con humos de docto,  
ni con cínica soberbia,  
á decir si esas VERDADES  
son ó no son *verdaderas*.  
Como no ejerzo de crítico,

—¡y haga Dios que nunca ejerza!—  
 me callo las obras malas  
 y cito las obras buenas.  
 Si usted las llama *verdades*,  
 negar sus *verdades* fuera  
 darle un mentís y ser uno  
 un grosero en toda regla.  
 Yo por *verdades* las tomo,  
 y *verdades* de tal fuerza,  
 que si en el libro se estampan  
 en el terreno se prueban.  
 Negarle su maestría  
 fuera negar la evidencia,  
 y siendo el autor maestro,  
 su libro es obra maestra.  
 Son para mí sus razones  
 aforismos y sentencias,  
 y, como todos, admiro  
 la corrección de su escuela.  
 Sólo la duda me asalta  
 de que en los *asaltos* pueda  
 hacer yo prácticamente  
 todo lo que usted ordena.  
 Me complace, sin embargo,  
 el saber que usted acepta  
 los *asaltos prematuros*  
 que el clasicismo condena.

*No dar el arma*, es consejo  
 que he de seguir con prudencia,  
 pues de ese modo se evitan  
 las *expulsiones* violentas,  
 los *atajos*, *flanconadas*  
 y otros *golpes de sorpresa*.  
 Pero ¡ay, marqués! ¿De qué sirve  
 que de memoria me sepa  
 todas esas teorías,  
 y todas esas lindezas,  
 si hay una esgrima de sable  
 de fatales consecuencias,  
 y de la que usted no dice  
 ni una palabra siquiera?  
 ¿Lo duda usted? Oiga atento,  
 y perdone la molestia.  
 Ayer, después de un *asalto*  
 en que mostré mi destreza  
 —(dicho sea en honor mío,  
 con la debida inmodestia),—  
 salgo á la calle, y me encuentro  
 con que en la calle me espera  
 un hombre mal encarado,  
 que con el sable en la diestra  
 me corta el paso. Yo, al verle,  
 me pongo en *guardia en tercera*,  
 (que es la que usted en su libro

como mejor recomienda,  
 pues facilita el ataque  
 y asegura la defensa).  
 Me acomete mi adversario  
 con un golpe *á la cabeza*;  
*paro en quinta, rompo*; vuelve  
 á atacarme, *paro en sexta*;  
*sobre mi marcha* me tira  
*contrafilo* á la muñeca;  
 retiro el brazo, y entonces  
 con la intención más perversa,  
*sale de línea*; me engaña;  
 me desarma; se me cuela,  
 y... ¡zas!... me pega un sablazo  
 ¡de veinticinco pesetas!...  
 Estos, marqués, son los golpes  
 que más al alma nos llegan,  
 y esas sí que son *verdades*  
 y no las que usted nos cuenta.  
 Con tiradores como ese  
 que me ha parado en la acera,  
 me río de usted, de Aldama,  
 de Burnhan y de Ezpeleta.  
 ¡Esa es la esgrima de sable!  
 ¡Esa es la esgrima moderna!  
 ¡Y esa, marqués, es la esgrima  
 que yo dominar quisiera!

¿De qué me sirve ¡Dios mío!  
 lo que Carbonell me enseña,



ni lo que Burnhan me indica,  
 ni lo que usted me aconseja,  
 si al fin, con tantas lecciones,  
 salgo á la calle y me pega

un sablazo que me parte  
 por la mitad un cualquiera?  
 Publique, marqués amigo,  
 un tratado... ó lo que sea,  
 en que indique las *paradas*  
 de la esgrima callejera,  
 y, en tanto, por sus VERDADES  
 reciba la enhorabuena  
 de su admirador y amigo  
 que le quiere y le respeta.



FIN

## Indice

	PÁGS.
Ego sum..	5
La intención.	13
Asunto nuevo.	15
El microscopio.	19
Galicismos.	21
Rasgo de valor.	27
Junta de médicos.	31
Los jugadores.	41
Escena de familia.	43
A Alcalá de Henares.	47
El picador inmortal.	49
Gaita y sermón.	53
Fraternidad.	69
Economía doméstica.	71
El oro.	75
Á un padre... de la patria.	81
Cuento.	87
¡¡Otro álbum!!.	91
Ingratitudes.	97

*Manuscript notes:*  
 Paris de la Tuer...  
 Mexico, D. C.  
 Agosto 1924.